

A veces prosa Savater o vegetar

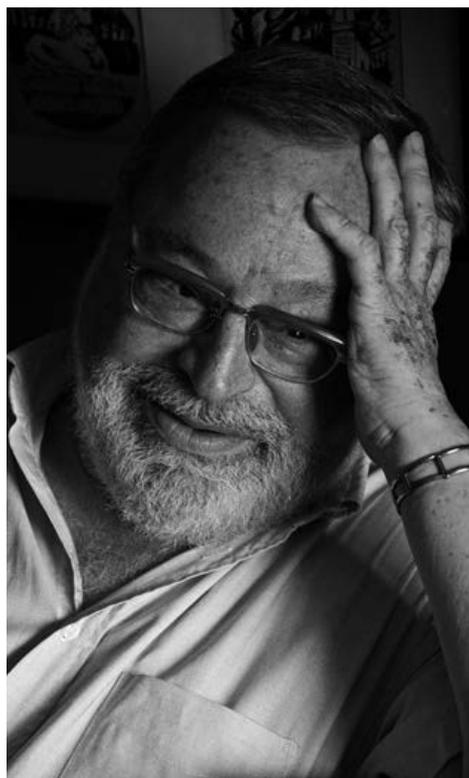
Adolfo Castañón

Como en otras épocas, tampoco es fácil ser intelectual en nuestros días. Cuando no son acallados o reprimidos, proletarizados o burocratizados —sujetos a cheques e informes—, los escritores y filósofos se ven sometidos a otras máquinas: las de la estupidéz gregaria, las de ésta o aquella creencia erigida en doctrina salvadora o sedante de las conciencias, o las de la opinión pública mecanizada que obliga al escritor a producir opiniones en serie y a reciclar discursos para llenar páginas y pantallas. Entre los fiscales y los locutores, no hay mucho lugar para el ensayista y para el escritor que busca en el rastro de tinta el camino de la convivencia. Acecha también otro peligro al escritor laico: el de verse transformado, a la hora del eclipse de las grandes doctrinas y certezas, en el administrador celoso de una verdad parcial, una especie de sacerdote o de comerciante al menudeo que reparte en su barrio sacramentos e indulgencias. A la hora de la aldea global y de la industria pesada de la comunicación, en la edad del trabajador y de su guerra, la figura del escritor sólo puede vivir desviviéndose: por una parte, ha de mirar hacia el mundo y hacia la plaza, echando por así decir la casa (de la inteligencia) por la ventana (de la televisión y de los medios impresos); de otra, ha de abrir los ojos hacia el interior de sí mismo, tomar las sendas perdidas, afirmarse en la lectura y escritura. Son muchos los que renuncian a esta desgarradora y simultánea gramática, ya sea recluyéndose en el campus universitario y académico, ya sea entregándose pasiva y casi diría sacrificialmente al altar electrizado de los medios de comunicación. De hecho, quien *no* opta por esta disyunción y elige esta cruz es recibido con admiración pero al mismo tiempo con cautela y aun con suspicacia.

De la cátedra al periódico, del archivo a la televisión, sacando a la literatura o a la filosofía de sus casillas, dignificando con humor y con ideas las polémicas y debates pero sobre todo esquivando escrupulosamente las ortodoxias, la historia de bronce, el libro de texto mercenario, la popularidad fácil.

Este apresurado encarte podría convenir a no pocas inteligencias críticas: ayer a Erasmo, Ortega o Bertrand Russell —aquí entre nosotros a Octavio Paz, Carlos Fuentes, Gabriel Zaid, Carlos Monsiváis y Mario Vargas Llosa y, en España, a Fernando Savater.

Fernando Savater, nacido en 1947, es un jabalí en el horóscopo chino —como Borges, Calvino y Panabièrre—. Pertenece a esa brillante e inquieta generación española de pensadores, ensayistas y filósofos, for-



Fernando Savater

mada pero no deformada por el franquismo y que hace sus primeras armas en el eclipse de aquella España que está a punto de despertar. De hecho, Savater, junto con algunos otros pensadores y escritores de diversas generaciones, como Javier Muguerza, Victoria Camps, Miguel Morey, Rafael Argullol, Tomás Pollán, Eugenio Trías, compone la escuadra más visible con que se arma la España de la transición y del des-tape, la que trazará los ángulos y puntos de vista que renovarán la vida literaria y cultural de aquella región de América Latina que confina con los Pirineos.

Ya desde hace diez años, cuando en su edad dominaba el polémico Marte (hoy lo gobierna el patriarcal Júpiter), Tomás Pollán hacía notar que Fernando Savater le había ganado la carrera al tiempo pues había publicado entonces más títulos que años contaba. Pollán continuaba haciendo otra ecuación entre la longitud de los cigarros puros con que Savater vaporizaba la atmósfera y su capacidad para salir y entrar de las polémicas sin que el adversario se diese cuenta de que seguía hablando mucho después de que el buen Savater lo hubiese decapitado.

La obra de Savater puede comprenderse en tres fases vertebradoras: una es, desde luego, la vertiente polémica. Es lo que los banqueros llaman el orden del primer piso donde se atiende al público y hay una política de puertas abiertas. En esta fase, Savater pone la razón en práctica a través de la polémica ejerciendo una suerte de ministerio evangelizador. La clave en que están escritas sus sinfonías belicosas es la de la libertad. Concordia en la discordia, Savater el esgrimista, el legendario mosquetero, articula una crítica anarco-liberal desplegando una crítica liberal del universo progresista desde la crítica socialista del orden liberal.

Una tarea riesgosa pues se sitúa precisamente en la línea de flotación del discurso común —así el propio como el ajeno. La entereza polémica de Savater se mide ahí no sólo en la intensidad y brío con que defiende las ideas y posiciones propias sino en la limpieza con que salva las razones del otro sin dejarse vencer por él.

El segundo piso en la anatomía editorial de Savater lo configuran sus obras propiamente filosóficas y de indagación ética como *Ética como amor propio*, *El contenido de la felicidad* o el *Diccionario filosófico* y sus ensayos y retratos literarios más ambiciosos. Cabe decir que las fronteras entre este segundo y el primer piso son flexibles, y nos hacen pensar en un edificio donde se asciende y se cambia de nivel insensiblemente, pues libros como la *Ética* y la *Política para Amador* no hubiesen sido posibles sin la experiencia didáctica conquistada en el ejercicio saludablemente pendenciero del primer plano. Es aquí donde se sitúan libros como *La infancia recuperada*, *La tarea del héroe* o *Apóstatas razonables*, la obra cuya segunda edición ampliada aquí se comenta.¹

El tercer cuerpo del edificio discursivo de Fernando Savater lo constituyen sus obras de creación propiamente dichas, como *El jardín de las delicias*, *La escuela de Platón*, *Diario de Job*, *Criatura del aire*; las novelas, narraciones, piezas de teatro y los ensayos y artículos deportivos, ecuestres en particular, que demuestran que nuestro autor anda siempre a caballo de la filosofía y de la literatura. Si el oficio espectador de Fernando Savater evoca la obra de Ortega y Gasset, su obra de creación imaginativa hace pensar —toda proporción guardada— en la figura de Miguel de Unamuno —otro filósofo y polemista que escribió novelas inclasificables desde un punto de vista editorial pero indispensables para juzgar su pensamiento como un todo—. Desde luego, los puentes entre estos órdenes son flexibles, como en uno de esos museos y edificios modernos donde se sube y se baja sin advertirlo.

Apóstatas razonables se sitúa precisamente en unos de esos puentes. Apostasía, palabra de indudables resonancias religiosas,

¹ Fernando Savater, *Apóstatas razonables*, Universidad Veracruzana, Xalapa, 1997.

deriva del griego *apos* (fuera) e *histeai* (colocarse). Los apóstatas son entonces quienes se han salido voluntariamente, los desterrados a sabiendas de la comunidad o de la familia espiritual a que pertenecen. Pero las figuras marginadas o automarginadas, a veces de grado, a veces por fuerza, que presenta Savater son razonables: es decir, que su intensa cordura los ha llevado a autoexiliarse de la tribu. Pero, ¿cuál puede ser la sensatez que ha llevado a estos personajes a salirse de la cuadrícula para no salirse de sus casillas y seguir siendo razonables? ¿Qué une a personajes tan dispares como Juliano el Apóstata y Boccaccio, Toynbee y Santayana? Diríamos que la virtud, entendida en sentido renacentista, la fidelidad eficaz a la propia voluntad de vivir, la decisión de ser leales —la palabra es de Fernando Savater— a un *destino*. Esta palabra alerta sobre el ángulo desde el cual son reconstruidas estas semblanzas. Por un lado, no es casual que estos retratos literarios hayan sido en su mayoría publicados en una revista de historia. Savater no es un retratista de modelos estáticos. Sus perfiles se dan en la historia y han sido escritos a veces al socaire de las efemérides o del calor de la discusión, y una de las virtudes de *Apóstatas razonables* es justamente su carga noticiosa, su caudal de Memoria. Como el pan, instrumento e indumento, en Fernando Savater la prosa alimenta. Del otro lado, esas figuras, en un sentido u otro, poseen un carácter simbólico: son signos que jalonan con sus obras a veces subterránea, a veces subrepticamente, la historia de la cultura, y que han sido objeto de unas consagraciones equivocadas o de extrañamientos inequívocos —lo cual pone de relieve su carácter emblemático, simbólico. Símbolos, emblemas, destinos personificados, estas cualidades nos hacen pensar que Savater no es un biógrafo o un historiador ordinario. Savater, el lector de Platón, es, como historiador, un hombre que articula sus razonamientos en torno al mito y nutre éste con la sangre de la inquietud cotidiana; en rigor, su historiografía es una mitología, un universo a la vez histórico y fabuloso, intelectual y moral donde se da un diálogo y una experiencia polémica entre el Disidente y la Tribu, de modo que existe en estos textos, casi invariablemente, un ingredien-

te polémico implícito, un soterrado y a veces no tan soterrado cuerpo a cuerpo que lleva al autor no solo a retratar a Jung o a Heidegger sino a interpelar y a guñar el ojo a las diversas familias intelectuales, a los diversos paisajes razonables en que sus apóstatas se inscriben. Desde luego, Savater no hace obra de acopio erudito y su musa no pretende a la mezquina y chismosa Clío, aspira a la Clío que despierta en la aurora —bella durmiente de los hechos— por virtud de un viento presente: en las figuras evocadas por Fernando Savater, mitos heroicos al fin y al cabo, alienta la vida de sus máscaras: las mueve asimismo nuestra propia vida, la edad de nuestra conciencia histórica entreverada en la suya en virtud del magnetismo de este hermano de Apolonio de Triana llamado Fernando Savater. No es fortuita la evocación del taumaturgo: como él, nuestro amigo es un encantador capaz de ir y volver al reino de los muertos trayendo de vuelta a algunos de ellos de la mano. Apóstatas razonables, sensatos autoexiliados que vuelven hacia nosotros para incorporarse a nuestro interior razonado y razonante. Individuos que supieron sacrificarse en el altar de su propia cordura y que ríen y sonríen pero con la risa terrible y prometedora del Dionisio crucificado, ese otro mensajero que desde la juventud confió sus contraseñas a Fernando Savater.

CONCORDANCIA DE TIEMPOS

Consecutio Temporum. En la oración intelectual que compone la obra de Fernando Savater la relación entre los tiempos primarios, entre el plano abierto del orden forense, polémico y periodístico y el plano más severo del universo teórico se da como una concordancia sintáctica, una suerte de *Consecutio Temporum* conceptual, y del mismo modo se da también un juego de concordancias e hipotaxis entre los tiempos secundarios de la teoría y los escritos filosóficos más ambiciosos y el subjuntivo de la ficción, el teatro y la parábola.

De la clave interpretativa aquí propuesta sólo ha de retenerse un rasgo: la unidad profunda que declina en diversos casos y géneros la obra de Fernando Savater, el ápice concordante que vincula a unos y otros.

En ese tablero, las semblanzas y etopeyas desempeñan una función esencial de bisagra y correa de transmisión, un papel axial en esa diplomacia del espíritu —para evocar la voz de Marc Fumaroli— que practica el ensayista mediador, clavado en la cruz de una concordancia no siempre sencilla entre el supino de la comunicación mediática y horizontal y los tiempos primarios del ápice conceptual y filosófico.

*A mi juicio las ideas y las teorías
son como los espectros del Hades a
los que visitó Ulises: necesitan beber
sangre humana para adquirir un poco
de peso y comunicarnos algo.*
FS, *La escuela de Platón*

De Fernando Savater, crítico sonriente y hombre que ha puesto al pensamiento en diaria militancia, habíamos leído algunos libros y numerosos ensayos y artículos en la prensa que documentan la puntualidad con que el filósofo acude a las citas del foro y de la historia. Pero, por mucho que leyéramos, siempre nos quedábamos con cierta impresión de que no tendríamos oportunidad de leerlo completo o, al menos, de tener al alcance de la mano un retrato de cuerpo entero de su pensamiento; de que nuestra lectura estaría condenada a ser como una de esas conversaciones entre pasillos con alguien que nos simpatiza pero con quien no nos hemos sentado a hablar en largo y tendido *tête à tête* “las tres horas y media como máximo” que él mismo propone en uno de los textos recogidos en el libro que aquí subrayo, “Alone” (por cierto, página donde alienta una de las voces más misteriosas del gozoso). Por estas razones saludo *Misterios gozosos*,² antología practicada por ese “mexicano accidental” que se dice Héctor Subirats para las ediciones especiales de la Colección Austral. *Misterios gozosos* se concentra en cinco capítulos o misterios que recapitulan el itinerario filosófico y literario, ensayista y crítico de veintiséis libros de Fernando Savater en cincuenta y siete ensayos cuyos asuntos transitan por dos co-

² Fernando Savater, *Misterios gozosos*, edición de Héctor Subirats, Espasa Calpe, Madrid, 1995, 355 pp.



© Gonzalo Meir

lumnas: alegría y conocimiento. Los cinco misterios apuntan a esa mancuerna. Arrancan de “La alegría en libertad” y “El regocijo de la polémica”, se afirman en “El júbilo de la admiración” y “El placer de lo razonable” para culminar en un “Alborozo pesimista”. Paradoja y tragedia, alegría y conocimiento, *Misterios gozosos* es una antología que entre todas las posibles lecturas de Fernando Savater opta por la del pensador consciente de que escribe. Paradoja y tragedia, el pensamiento de Fernando Savater se afirma contra la “tenaz carencia de opiniones válidamente fundadas ante los conflictos específicos de la sociedad actual” que caracteriza al decapitado intelectual de hoy, particularmente en nuestra lengua. Pensamiento de la alegría de pensar, el de Savater se afirma como Ilustración que no desdeña la opinión ni el sentido común y que devuelve al espacio público temas y problemas secuestrados por los especialistas y sectarios del más diverso género y color —desde los blancos clínicos hasta los pardos policíacos pasando por los rojos profesionales y los azules que se caen de bien pensantes. Heredero de la Ilustración, español, Savater es —y él lo sabe— heredero de una carencia de crítica de que tan ayuna está la cultura hispánica. La conciencia de haber heredado junto con la casa la hipoteca presta a algunos de sus ensayos un cierto temblor, un sentido de urgencia: la

tragedia, la alegría de escribir en español, la lengua de Sancho, ese hombre saludable y sensato tentado por el diabólico Caballero de la Triste Figura (ver Franz Kafka, *Journal Intime*, traducción e introducción de Pierre Klossowski, Grasset, 1945).

Enciclopedista andante, Fernando Savater anda por caminos y encrucijadas haciendo ver que tales o cuales cruzadas, por ejemplo “La cruzada de las drogas”, no son más que molinos de viento y superstición:

Cuarta tesis. —El problema de la droga es el problema de la persecución de las drogas. El uso de drogas no es sencillo y expeditivamente un *peligro* a erradicar (el peligro estriba en su prohibición, su adulteración, la falta de información sobre ellas y de preparación para manejarlas, las actitudes anómalas que suscita frente al conformismo, el gangsterismo que las rodea, la obsesión de curar que las prescribe o las proscribire, etc.), sino que son también un *derecho* a defender (*Misterios gozosos*, p. 294).

Viajero curioso, el enciclopedista andante no es un coleccionista nómada, parece más uno de esos médicos heterodoxos a los que la ciudad consulta cuando tiene problemas de salud pública. Pero, ¿cuál es esa farmacia?, ¿cuál es ese pensamiento?, ¿de quién es esta filosofía?, ¿de los filósofos, de los escritores, del público congre-

gado en el foro impreso, de los guardianes del mercado?, ¿qué relación hay entre los perfiles de esta sintaxis, la fisonomía de estas argumentaciones y la figura risueña de ese señor de barba (el doble de Fernando Savater) que empuña a un King Kong en miniatura que a su vez empuña (otra miniatura) a una bella dama secuestrada cuyas manos parecen acariciar las uñas del titánico primate miniaturizado con la misma delicadeza pantagruélica con que el filósofo toma y mira al gorila, inaudito *ecce homo*? El nieto de las luces, a la vez escritor y filósofo, artista y guerrero solitario de la razón, es un convicto de esa causa en extinción, el humanismo cívico (cf. Hans Baron, *En busca del humanismo cívico*, FCE, 1993). Político, sí, pues la alegría del pensamiento es muchas veces inspirada por la euforia del debate, pero a la larga conciliador, pues el arte y la ciencia jubilosas no consienten demasiado tiempo las cristalizaciones del resentimiento. Al leerlo se va configurando al margen del texto —y que me perdonen los rosacruces— la imagen del buen Erasmo que ayer afirmó trashumante el cristianismo como alegre locura igual que, toda proporción guardada, hoy Savater ameniza la inteligencia crítica a través de una agenda que incluye un cuestionario tan amplio como vivo: los derechos humanos, el control burocrático de la locura, la despenalización de las drogas, el desarrollo de un Estado clínico, la crítica de la revolución y el retrato crítico de los revolucionarios, las variedades de la convivencia, las cuarenta y nueve preguntas de la ética en el mundo moderno, la soledad, el amor, la amistad, el elogio de la embriaguez, el Estado como obra de arte, el arte de montar a caballo, los caballos de Troya de la muerte, la bioética, la tragedia del pensamiento, los libros para niños, las tareas de ese héroe desconocido que es en el mundo moderno el ciudadano, la soledad de Santayana, la risa de Cioran, la felicidad de Stevenson, la amnesia de Sancho Panza, la militarización de la sociedad y del mercado, la tolerancia, el día forense de Voltaire y la aurora despintada de Rousseau, el estilo y el gusto, entre otros temas.

Si la ética piensa el bien, el ensayista que escribe sobre ella y que quiere escribir bien no puede dejar de preguntarse a pro-



pósito de su escritura. Escritura de la ética, escritura personal; Fernando Savater —hay que insistir en ello— tiene presente, se preocupa por el estilo. El estilo, ese punzón con que el escriba rasguñaba las tablas, se da en Savater como un arma blanca de diversos usos y tamaños, desde el mandoble con que embiste en las polémicas para hacer del drama del lugar común hilarante comedia del arte donde Fernando furioso acomete contra el Dragón Burocrático que ha secuestrado a la Doncella Crítica hasta el verdugillo o estilete con que desangra en corto al adversario al que deja aproximarse sólo para desangrarlo mejor (“Apología del sofista”), sin olvidar las agujas que entierra mientras acaricia a los lectores hipócritas de *El Quijote* (“Instrucciones para olvidar el *Quijote*”). Sable, florete, espada, mачete, navaja suiza de trece hojas y sacacorchos, punzón, el estilo es en Savater algo más que el instrumento airoso de un esgrimista versátil y valiente. Es también espátula para tallar la escultura interior, motivo entonces de reflexión y autoobservación sobre sí se piensa —como cree la voz aquí leída por usted, caro lector— que ha sido en virtud de la fidelidad a sí mismo y a su estilo que Fernando Savater ha desarrollado su pensamiento y no ha caído en la tentación quijotesca metafísica de Sancho de la que habla Pierre Klossowski en su introducción al *Diario íntimo* de Kafka. “En el

estilo —dice Fernando Savater— transparente la vacilación del sujeto en identificación realmente con su papel, la resistencia a olvidar el carácter heterónimo de su condición, la escisión que la funda y la constituye. El estilo posibilita la expresión y justamente exaspera la dificultad de hablar” (p. 129). Por eso “el irreductible conflicto que traspasa el sentido y la autonomía perpetuamente hurtada que niega ese sentido y lo hace otro” (p. 115). Con todo, el problema va más allá, traspasa ese orden; el sofista, el retórico, el escritor filósofo, el que se ha empeñado en escribir bien y sobre el bien “se empeña en abrir ese hueco, cerrando habitualmente por los discursos pretendidamente absolutos o ‘plenos’ por donde puede incorporarse al texto, encarnar en él y asumir el verbo como carne; no se trata tanto de incluir el cuerpo con el texto sino más bien de hacer del texto mismo parte de nuestro cuerpo, por medio de esa operación llamada estilo” (p. 151). Entonces el estilo no está al margen de la ilustración y sus preocupaciones; es el eje, la válvula que le permitirá al ilustrado ser él mismo luminoso, el practicante de la gaya ciencia ser él mismo alegre y transmitir adecuadamente la alegría del pensamiento. El estilo es el bisturí que permitirá la cirugía, la prótesis, el injerto incesante, la jeringa que resuelve el metabolismo de los más diversos discursos en el cuerpo del texto. El estilo o el instrumento a través del cual se da ese placer llamado filosofía. Un placer, irreductible y tenso, fundado en el juego de su pensamiento que se arriesga en la literatura para volver a la filosofía y de una literatura abierta a la expresión de la comedia de las ideas y la tragedia de la inteligencia. Trágica, la inteligencia sólo puede aspirar a dar fundamento a la ciudad a condición de no perder nunca la herida crítica de la proscripción y de la marginalidad por más apremiante o redituable que sea la construcción de los lugares comunes, la transfiguración del caos en ritual. “¿Cuál es la única rebelión posible contra este Soberano de pesadilla? —dice Fernando Savater en su brillante antiteodicea—. Hacer el bien a sabiendas, el ejercicio más improbable y difícil” (p. 119). ¿Cómo entonces escribir bien? Con brío —diría el lector de ese libro—, con alegría, con caridad y claridad. **U**